

Libros

LA REVOLUCION CUBANA: NUEVO ANALISIS

La revolución cubana constituyó una sorpresa para los observadores poco advertidos, sobre todo para aquellos expertos europeos en cuestiones económicas que observaban la realidad latinoamericana a través del lente del ingreso nacional bruto y los niveles de vida. Algunos hechos pasaron desapercibidos para estos especialistas: en primer término, que se trataba de una economía de monocultivo a la cual —como toda zona de enclave minero, ganadero, bananero o azucarero— era necesario evaluar sin perder de vista que ocultaba enormes disparidades entre los componentes de su estructura social. En ocasiones, se ha olvidado que el período final del gobierno de Machado ya presentaba alarmantes síntomas demostrativos de las convulsiones políticas que podía llegar a producir la prolongación de ciertas crisis.

El libro de Marcos Winocur (1), producto de una tesis desarrollada bajo la dirección de Pierre Vilar, contiene facetas que hacen inconfundible su filiación en la escuela francesa, especialmente una inclinación a recargar el texto con subdivisiones que no siempre parecen necesarias, pero la profundización en el estudio del papel cumplido por los núcleos obreros, las masas rurales y la burguesía azucarera durante el proceso revolucionario configura una aportación que complementa felizmente la línea de obras sobre el tema cubano que ya cuenta, en la misma editorial, con la edición del importante trabajo de Hugh Thomas, **Cuba. La lucha por la libertad**.

Un análisis de la burguesía azucarera y su papel en el desarrollo histórico de la isla del Caribe exige una retrospectiva. El autor nos presenta,

entonces, la evolución de ese grupo social desde su origen en la colonia hasta el siglo actual. La obra distingue dos momentos en que el papel protagónico de esta clase experimenta una reconversión. Si durante el siglo XIX entra definitivamente en el mercado mundial reemplazando gradualmente la mano de obra esclava por el trabajador libre mientras tenía lugar la mecanización de los ingenios —aunque no con el mismo ritmo en toda la isla—, podría afirmarse, entonces, que la burguesía vivió cierta euforia de crecimiento. En cambio, el período que siguió a la crisis de los años treinta en el siglo XX sólo fue superado en dificultades por la iniciación de la etapa de restricciones para la zafra azucarera. La colocación del azúcar se convierte, a partir de entonces, en el problema fundamental en las épocas de cifras de producción elevadas. La acumulación de excedentes, un año tras otro, ante las limitadas perspectivas impuestas por el mercado norteamericano después del Convenio de Londres de 1954, desequilibraron económicamente al poderoso núcleo azucarero. Su capacidad de acción y su empuje como clase no estaban, sin embargo, agotados, y lo demostraron prontamente al enfrentarse con sus competidores en el mercado mundial. Se explica así la notoriedad que adquirieron algunas figuras representativas de ese sector social, como Julio Lobo, hacendado afectado como toda su clase por las maniobras de los empresarios internacionales y la política de restricción de la cuota cubana del azúcar aplicada por los Estados Unidos. Pero sus decisiones, y por consiguiente su enfrentamiento con los dueños del mercado mundial, eran tan ambiguas como su integración de clase: «No componían los hacendados una burguesía nacional (interesada en la evolución del mercado interno). Tampoco conformaban una de las llamadas burguesías compradoras (agentes de negocios del capital extranjero). La burguesía cubana al promediar el siglo se situaba, si se quiere, en un punto intermedio».

En la década de los cincuenta, cuando se gestan los momentos decisivos del estallido revolucionario, surgen otros problemas. Las oscila-

ciones del mercado externo se tradujeron, sin duda alguna, en serias alteraciones económico-sociales para un país de economía dependiente. Cuando la burguesía azucarera asume la defensa del mercado nacional —y este constituye uno de los hechos iluminados por la presente investigación—, habla en nombre de sus colonos, de los obreros del ingenio y de los pequeños comerciantes. No hace, ciertamente, sino utilizar en defensa de sus propios intereses la masa de problemas generados por una realidad que alimentaba el desempleo rural. No obstante, la clase obrera había madurado políticamente con el paso del tiempo y a la frase acuñada por los hacendados: «sin azúcar no hay país», pronto supo oponer una drástica respuesta: «sin obreros no hay azúcar». Ya en tiempos de la dictadura de Machado la organización del sector obrero cubano, realizada por Winocur para el decenio revolucionario, es ejemplarizante por cuanto permite señalar los peligros que encierra la aplicación del esquema clásico, propio de las sociedades industrializadas, a la realidad latinoamericana. El autor realiza un cuidadoso examen de su heterogénea conformación: obreros de la industria, sector agrario, empleados de comercio, grupo de servicios, etcétera.

El campesinado es objeto de un es-



(1) Marcos Winocur, **Las clases olvidadas en la Revolución Cubana**, Barcelona, Grijalbo (edic. Critica), 1978.

tudio particularizado debido a la variedad de situaciones que agrupa: pequeño campesino, arrendatario, precarista, obrero agrícola, etc. El análisis de las diferentes situaciones y de la acción ejercida por el deterioro económico de las zafas en ese complejo panorama social, explica un surgimiento desigual de los focos de resistencia, no siempre concordantes al principio debido a la multiplicidad de las situaciones, pero que, unificados más tarde, apuntan contra la dictadura. La creciente pauperización del sector agrario, donde «convergen estos factores dentro de un proceso general de proletarización, y coyunturalmente colocan al poblador rural en la situación límite: reaccionará de más en más favorablemente a la guerrilla. Y lo hará en defensa propia: antes convencido por su estado de necesidad que por la proclama de los hombres de la ciudad. Estos así acaban por comprenderlo».

La investigación, desarrollada sobre la base de estos tres grupos sociales, permite al autor plantear un tema de mayor complejidad e importancia. La etapa que conduce a la fase final revolucionaria se inscribe, según su tesis central, en el interior de un **tiempo corto**, encuadrado cronológicamente entre 1952 y 1959. Este, a su vez, se inserta en un **plazo histórico largo**, comprendido entre 1868 y 1960. El modelo utilizado es, obviamente, la revolución francesa, sobre la cual se han realizado numerosos estudios utilizando este método de investigación histórica que implica, en sí mismo, un desafío a la periodificación tradicional. Vinculados con esta escuela aparecen los nombres de Braudel, Simland y Labrousse, y algunas de sus enseñanzas se aplican en este trabajo para poner de relieve la dinámica de ciertos elementos estructurales en el proceso social desencadenador de la revolución. El propio autor explicita el modelo utilizado y nos advierte: «No se trata de elaborar una lista de semejanzas y otra de desemejanzas. Bien sabemos que toda comparación funciona aquí mutatis mutandi. De otra cosa se trata: colocar la gesta de los cubanos en el marco de las revoluciones contemporáneas, sacándola del estereotipo escolar de los barbudos bajando de las montañas. Y a este efecto tanto da tomar la revolución francesa como cualquier otra de tipo contemporáneo, donde el **clímax** político es

alcanzado a través de mecanismos compartidos». En esta dirección, el planteo contiene aportaciones con cuyas conclusiones se podrá estar o no de acuerdo, pero que son producto de un serio trabajo de análisis. Una serie de cuadros muestra la incidencia de los factores políticos, los hechos económicos y la correlación existente entre ellos, así como el grado de intensidad en la participación de los sectores sociales, proporcionando mayor claridad a las ideas del texto. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL, EN LA ENCRUCIJADA

La reciente aparición del libro del historiador aragonés Carlos Forcadell, **Parlamentarismo y bolchevización (El movimiento obrero español, 1914-1918)** (1), viene a suplir una carencia, a llenar un importante hueco de nuestra historia contemporánea: el análisis historiográfico de la crisis del socialismo español a raíz de la entrada de Europa en la I Guerra Mundial y el consiguiente hundimiento de la II Internacional.

Y hablo de huecos y de carencias porque este es un trabajo «clásico» ya en el resto de los países europeos que estrenan siglo con una mayor o menor presencia de los partidos socialistas, y que nunca, hasta ahora, había sido acometido en España desde esta perspectiva. Es decir, desde la perspectiva del profundo foso que se va abriendo en el seno de la II Internacional (1889-1914) entre la **teoría** y la **práctica**, al hilo del progresivo deterioro del **Internacionalismo proletario**.

Otro historiador aragonés, Juan José Carreras, analiza así la aportación fundamental del libro: «En la última década, en España se han multiplicado trabajos de gran importan-

cia, pero como estudios de conjunto hay que seguir recurriendo, en la mayoría de los casos, a las obras de los antiguos militantes, de un Mora o de un Ramos Oliveira, obras en muchos casos de más valor testimonial o de fuente que historiográfico».

REQUIEM POR EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO

El trabajo de Carlos Forcadell posee la virtud, hasta ahora inédita, de enfocar este periodo crítico del socialismo español—en el que se sientan ya las bases de una escisión que se prolonga hasta nuestros días—desde una perspectiva absolutamente dinámica. Es decir, arrancando desde el nacimiento de la II Internacional, «bucea» en los debates y las posturas que se van decantando a lo largo de sus veinticinco años de vida, siempre en íntima relación con el nacimiento y desarrollo del socialismo español. Todo ello pasa, evidentemente, por un análisis pormenorizado de los avatares que van a sufrir los distintos partidos socialistas europeos desde el nacimiento de la II Internacional hasta su defunción en el nonato Congreso de Viena. Y, lógicamente—dentro de este método de interrelación—, pasa por la influencia que toda esta «modulación» va a ejercer sobre el aún titubeante y frágil socialismo español.

Así pues—y aunque el trabajo no está planteado con este esquematismo—, el libro presenta dos grandes bloques diferenciados, aunque constantemente interrelacionados: la vida, esplendor y muerte de la II Internacional, de un lado, y las oscilaciones en el sismógrafo del socialismo español, por todo ello, de otro.

Al intentar poner el socialismo español frente al espejo de la II Internacional, el autor—a través de un rastreo pormenorizado en las actas y comunicaciones de los distintos Congresos y de la penetración real de las ideologías en los distintos países, en función de sus características específicas— va trazando un minucioso panel de las «constantes vitales» que presenta la Internacional hasta su definitivo fallecimiento al ruido de los primeros cañonazos.

Este primer «bloque» posee, por sí solo, un alto poder ilustrativo abor-

(1) **Parlamentarismo y bolchevización (El movimiento obrero español, 1914-1918)**, Editorial Crítica, Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1978.